

MENTALIDAD DE RECONQUISTA Y PRIMEROS CONQUISTADORES

*Hernán G.H. TABOADA**

Abstract

Very repeated has been the opinion that Conquistadores brought to America an anti-Muslim ideology, originated from the Reconquista, that induced them to assimilate Indians and Muslims. Such opinion is simplistic: Reconquista themes and language exist in the chronicles, but are decorative and superficial. They disappeared soon from the Criollo discourse, being recycled by other groups, sometimes opposed to the conquistadores.

Resumen

Repetida es la opinión que los conquistadores y sus descendientes criollos eran portadores de una ideología antiislámica, originada en la Reconquista, que les hizo asimilar indios con moros. Tal opinión es simplista: temas y lenguaje de la Reconquista aparecen en las crónicas; pero son decorativos y superficiales. Desaparecieron pronto del discurso criollo, siendo reciclados por otros grupos, a veces contrarios a los conquistadores.

La continuidad entre la guerra de moros y la guerra de indios era tan evidente que los conquistadores llamaron mezquitas a los templos paganos del Nuevo Mundo.

Jacques Lafaye

Esta cita bastante adecuadamente ejemplifica la idea de una continuidad ideológica entre Reconquista¹ y Conquista. En la base de tal idea, muy di-

* CCYDEL, Universidad Nacional Autónoma de México, haroldo@servidor.unam.mx

¹ A lo largo de este texto utilizo la palabra *Reconquista* por la comodidad que le ha dado su largo uso en la literatura histórica, sabiendo que ya desde su misma etimología es un término tendencioso que traduce una concepción muy parcial de la historia medieval española.

fundida, encontramos una constelación de supuestos, y a su alrededor conocidos debates acerca del carácter feudal o capitalista de la América colonial. Se trata de debates de envergadura que requerirían una indagación más a fondo de la continuidad, pero la oferta habitual se limita a algunos pocos testimonios, bastante obvios, que pueden revelar un tipo de herencia mental de los siglos medievales, o por el contrario otras influencias y desarrollos, de carácter “moderno”, para retomar el vocabulario de la polémica aludida. Ir más allá de las generalidades requiere el análisis de varios subtemas: el de la herencia imaginaria de la Reconquista en Indias me ocupa en las páginas que siguen

Los indios como musulimes

Como frecuentemente se señala, en los escritos de la Conquista es tópica la alusión a geografías o sociedades islámicas como recurso de explicación de lo americano: el calor africano y las especias de Arabia, camellos, casas moriscas, albornoques, lanzas africanas, adornos, zambras, lengua árabe, la costumbre de cubrirse la cara con tatuajes, tizne o herrajes, la vida nómada, los santones, el empalamiento, la circuncisión, las leyes de la herencia, la formación de los ejércitos, los señalamientos mediante fuegos son algunos de los símiles utilizados para explicar las que se consideraban análogas peculiaridades americanas. Para hacer inteligible a Tlaxcala, se la compara con Granada, a Tenochtitlán con Estambul, a la corte de Moctezuma con la de los moros de Granada, de aposentos “muy amoriscados” y con riquezas “cual no las vio jamás de Arabia el Moro”, mientras la triste suerte del monarca es semejante a la de Boabdil. Los ejemplos se pueden multiplicar con facilidad y también se puede ver cómo, además de la comparación explícita, asoma la asimilación directa: los indios se convierten en “alárabes”, sus templos en “mezquitas”, sus sacerdotes en “alfaquíes” y sus jefes en “jefes”.²

En algunos casos, conviene aclarar de entrada, nos hallamos ante una simple migración terminológica: cuando Cristóbal Colón habla de almadias, alfaneques y almaizares, usa palabras ya sólidamente incorporadas al castellano, aunque tuvieran un origen árabe, que de todos modos los hablantes solían ignorar, por lo que no implicaban un referente islámico, como tam-

² Este párrafo está sacado de mi libro *La sombra del Islam en la conquista de América*, México, FCE/UNAM, 2004, p. 224. Remito a esta obra para el contexto de las presentes afirmaciones.

poco cuando refiere acerca de un “arco de turquesco”.³ Juan Gil ha recordado cómo Bernal Díaz cree que la palabra “adive” es de origen nahua, ignorando que deriva del término árabe con que se designa al lobo; la confusión es comprensible para una época en que tales étimos empezaban a disminuir mientras penetraban en las lenguas de España las palabras americanas: Colón empieza por nombrar “almadías” a las embarcaciones de los taínos, luego recurre al autóctono nombre “canoa”. Pero también se apea del augusto nombre de “reyes” hacia el más adecuado de “caciques”.

Pero a veces las asimilaciones eran conscientes, nacidas de la necesidad de explicación: el islam y el cristianismo (así como el judaísmo) tienen raíces comunes que hacían posible la intercomunicación (polémica siempre), mientras la simbología de las culturas americanas resultaba ajena. Para explicar, el mundo islámico no era el único término de referencia utilizado y aparecen frecuentemente con la misma función la misma España, la antigüedad clásica o todo lo que pudiera despertar alguna asociación: las Amazonas indianas adoran a Apolo, como antaño los sarracenos de la *Canción de Rolando*. Cuando Suárez de Peralta habla de los sátrapas de los aztecas o Gutiérrez de Santa Clara asegura que nombrar a los aculhuaques nahuas es “como decir césares o faraones”, ninguno estaría pensando en oscuras conexiones entre Fars, el Nilo y el Anáhuac,⁴ sino buscando que sus lectores los entendieran y quizás ostentando erudición.

En los casos más numerosos, sobre todo para quienes escribían lejos de América, estamos frente a una borrosidad de identidades. Bien conocido es que las novedades americanas fueron asimiladas a los exotismos asiáticos: nombres como turkey, granturco o arabósitos se usaron para distintos productos americanos. Las colecciones de curiosidades de los museos de Europa presentaban en confusa mezcla objetos de Mesoamérica y del Japón;⁵ la iconografía nunca tuvo claras las distinciones: el camello aparece como distintivo de América en arcos triunfales, iconografías y hasta descripciones de viajeros, los edificios mexicanos de las ilustraciones exhiben rasgos morunos; el teatro mezclaba deliciosamente los nombres.

En este contexto, cuando Lizárraga, entre muchos otros, nos informa que los mapuches creen en el paraíso de Mahoma y fray Diego de Landa supone

³ Véase el vocabulario colombino situado como apéndice en la edición de Juan Gil y Consuelo Varela, *Colón: textos y documentos completos*, Madrid, Alianza, 1982.

⁴ Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las indias (Noticias históricas sobre Nueva España)* (1589), edición de Teresa Silva Tena, México, CNCA, 1990, p. 89.

⁵ Jesús Sáenz de Miera, “Curiosidades, maravillas, prodigios y confusión: posesiones exóticas en la edad de los descubrimientos”, en: *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Madrid: Exposición Mundial de Lisboa 1998, 1998, pp. 133-166.

lo mismo de los mayas,⁶ no sabemos si se nos propone una analogía o una identidad. Cuando las semejanzas son señaladas por observador tan agudo como el padre José de Acosta, podemos suponer que va más allá de la anécdota: “El modo de matar cualquier res, chica o grande, que usaban los indios, según su ceremonia antigua, es la propia que tienen los moros, que llaman el alquible”; “se hartaban y zahoraban a usanza de moros”; algunas ceremonias y ritos de los indios son parecidos a los judíos, “en otras se parecen a las que usan los moros”, otras a la ley evangélica; son sus edificios “mal repartidos y aprovechados, propiamente como mezquitas o edificios de bárbaros”.⁷ Acosta es reconocido como el primero que intentó un esquema de comparación estructural de las culturas, y los elementos que apunta deben entenderse en este sentido.

Sólo en pocos casos podemos suponer que los europeos creyeron realmente que los indios tenían alguna identidad con los moros.⁸ Motolinía se refiere a que “algunos españoles, considerados ciertos ritos y ceremonias de estos naturales, los juzgan por ser generación de moros”.⁹ La sospecha debe de haberse desvanecido rápidamente, como los mitos sobre cinocéfalos y amazonas, a diferencia de la muy persistente que enlazaba a los amerindios con los judíos. Pero es decisiva de la persistente credulidad de algunos esta aclaración que juzgó necesaria cierto religioso peruano: los moros “nunca pasaron a estas tierras ni pudieron enseñar a los peruanos su alquible ni rito religioso ninguno de su Alcorán. El mismo engaño fue decir que los naturales del Perú se hartaban y zahoraban, a usanza de los moros, al salir la estrella”.¹⁰

La comparación ideológica

La imprecisión, la retórica, el descuido y la ignorancia parecen entonces dar cuenta de muchos ejemplos de asimilación de lo americano a lo moruno, pero hay algo más: en cantidad de casos la comparación respondía a reso-

⁶ *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa, 1973, cap. 26, p. 44.

⁷ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias* (1590), ed. de Edmundo O’Gorman, México, FCE, 1962 (*Biblioteca Americana*), lib. v, cap. 18, pp. 246-247; lib. V, cap. 27, p. 265; lib. vi, cap. 14, p. 298.

⁸ Véase los capítulos 5 y 6 de *La sombra del Islam*.

⁹ Fray Toribio de Benavente o Motolinía, *Memoriales o libros de las cosas de la Nueva España...*, edición de Edmundo O’Gorman, México, UNAM, 1971, p. 14.

¹⁰ “De las costumbres antiguas de los naturales del Perú” (crónica anónima de 1580-1592 ca), en Francisco Esteve Barba, ed., *Crónicas peruanas de interés indígena*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1968, tomo 209, pp. 155-156.

nancias emocionales típicas del español del siglo XVI. Se ha visto que Pedro Mártir de Anglería, italiano ajeno a tales resonancias, aunque depende de las noticias de Hernán Cortés para su relación de la conquista de México, no copia sus referencias a las mezquitas.¹¹ Las traducciones de otros cronistas hablan de “moschee”, pero el término no tuvo más fortuna en Italia.¹² Los conquistadores pintaban como musulimes a los amerindios, entre otras cosas, porque estaban buscando para sí mismos una legitimidad basada en el gran relato de la monarquía unificada: los ocho siglos de lucha contra el islam.

Por ello fue lugar común en sus escritos la pretensión de haber realizado hazañas análogas a las de Pelayo y merecer similares favores.¹³ La primera heráldica del Nuevo Mundo conoció el motivo de la “testa de indio”, en vez de la “testa de moro” exhibida en los escudos nobiliarios del Viejo.¹⁴ En un análogo señalamiento de analogías, se nos dice que el plano en damero de las fundaciones indianas retomaba la estrategia de superponer a las anárquicas ciudades islámicas el racional damero occidental.¹⁵ Tal suposición arrastra como defecto de origen un pesado mito orientalista relativo a la ciudad islámica, pero más convincente suena, sobre el mismo registro, el señalamiento de una toponimia reconquistadora en América: explícitamente reporta Bernal Díaz el bautizo de una aldea: “le pusimos Pueblo Morisco... porque en aquel pueblo habían muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narváez, y aun de los nuestros... y robado... y Cortés le encargó a Sandoval que no dejase a aquel pueblo sin un buen castigo”.¹⁶ Junto a esta equiparación comprobada, otras lo son menos: Hernán Cortés en su segunda carta se refiere a la ciudad de Nautecal, donde estalló una rebelión de indios, como Almería, asimilación que ha hecho pensar en una conexión con la Almería

¹¹ Jean-Pierre Tardieu, “Las Casas et le ‘chemin de Mahomet’”, *Bulletin Hispanique*, n. 2 (dic. 2003), pp. 303-319.

¹² Teresa M. Rossi, “Denominar lo nuevo y volver a denominarlo: un problema a raíz del descubrimiento”, *Rassegna Iberistica*, 43 (1992), pp. 3-16.

¹³ Doy ejemplos en: *La sombra del Islam*, pp. 191 y ss.

¹⁴ Sobre el escudo de Cortés nos informa Bernal Díaz que el monarca dispuso que figuraran en sus armas “siete reyes”; véase: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, intr. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa, 1955, cap. 64, p. 156, cap. 204, p. 327.

¹⁵ Erwin Walter Palm, “Los orígenes del urbanismo imperial en América”, en: *Contribuciones a la historia municipal de América*, México, IPGH, 1951, pp. 239-263, p. 243.

¹⁶ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. 140, p. 296.

española, donde había comenzado la rebelión morisca de 1501;¹⁷ los nombres de Castilblanco o Segura de la Frontera habrían sido trasladados a América por su importancia militar durante la Reconquista.¹⁸

Y una vez asentada la sociedad colonial, más de un nombre que remonta a la división confesional mediterránea se reprodujo en América: el muy común de “morisco”; el de los indios cristianizados que fueron llamados “jenizaros”, sin ninguna razón aparente; los ladinos y los tornadizos, que también se conocían en la España medieval antes de serlo en América, y lo eran unos porque habían aprendido el español, los otros porque se habían *tornado* del judaísmo o gentilidad al cristianismo. El nombre de los mameucos brasileños probablemente deriva de la palabra “maloca” guaraní, pero su adaptación fonética los acercaba a los soldados-esclavos de Egipto. Aparecen etimologías árabes para el nombre de otros grupos humanos: imposible, aunque se ha propuesto, la de “gaucho”; quizás la de “cholo”, nombre originado en el contexto de la coexistencia de moros y cristianos; con más seguridad los de “albarazado”, “cambujo” y “jarocho”.¹⁹

Y, aunque esto requeriría de mayor extensión, podemos relacionar estos usos de la lengua con algunos intentos de aplicar con los amerindios políti-

¹⁷ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introd. de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Porrúa, 1963, pp. 24, 60-61; William Mejías-López, “Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la situación de los conversos y moriscos”, *Bulletin Hispanique*, tome 95 (1993), pp. 623-646; cf. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, trad. Augusto Millares Carlo, México, Porrúa, 1964-1965, dec. V, lib. i, p. 443, donde el autor señala que Almería fue así llamada “en recuerdo de la ciudad marítima del reino de Granada, rescatada pocos años antes del poder de los moros”.

¹⁸ Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2a. ed., México, FCE, 1992, p. 114.

¹⁹ Sobre ladinos y tornadizos se puede consultar el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias (1610), ss. vv., además del artículo de G. Cirot “‘Ladino’ et ‘aljamiado’”, *Bulletin Hispanique*, 38 (1936), pp. 538-540; el nombre de genizaros, tras su sentido primitivo adquirió también “en Italia al que es nacido de español y de italiana, o al revés” (Covarrubias) y en América pasa al vocabulario de las castas en la traducción latina de las ordenanzas del Tercer Concilio Mexicano, véase Stafford Poole, “Church law on the ordination of indians and castas in New Spain”, *Hispanic American Historical Review*, 61:4 (1981), pp. 637-650; sobre *cholo* véase a Elena Pezzi, *Los moriscos que no se fueron*, Almería: Cajal, 1991 (*Biblioteca de autores y temas almerienses*, 20), pp. 62-63, quien asigna su etimología a partir del árabe *shaul* (ágil, dispuesto, listo y que sirve con prontitud [doméstico]); de los mameucos habla Maxime Haubert, *La vie quotidienne au Paraguay sous les jésuites*, Paris: Hachette, 1967, p. 302; en general, y específicamente sobre “albarazado”, “cambujo” y “jarocho”, Manuel Alvar, “Las castas coloniales”, en: Humberto López Morales y María Vaquero, eds., *Actas del I Congreso Internacional sobre el Español de América* (1982), San Juan, Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, 1987, pp. 17-32; este autor suscita la cuestión del supuesto gentilicio “marabú” utilizado por Carpentier en una de sus novelas.

cas que ya se habían ensayado con los moriscos: en forma sistemática para la evangelización, donde directivas y manuales se refieren con frecuencia a la experiencia morisca; más errática y oscuramente en el caso de algunas prohibiciones, como la de montar a caballo, usar armas de fuego, vender carne.²⁰

Ya en otro lugar he expuesto cómo, a mi juicio, la serie de referencias a la lucha contra el islam rara vez fue resultado de una experiencia directa, sino resultado de tradiciones familiares y de los nuevos mitos que originaba la creciente producción de las imprentas.²¹ La observación de Lafaye citada al principio es en este sentido inexacta.²² Junto a los motivos de la Reconquista peninsular, figuran con más viveza los más actuales de la lucha en el Mediterráneo: podemos sospechar que el griego Pedro de Candia había actuado en el Mediterráneo oriental, y de ahí sus primeras explicaciones relativas al Perú. En otros casos fue el mundo otomano y berberisco, la experiencia de los presidios. Conocidas fábulas del enemigo musulime se trasladaron al historial de los conquistadores: Ponce de León buscó la fuente de Juvencia que antaño griegos y árabes, un motivo presente en Ibn Batuta, el del “alminbar cansado”, se reproduce en Diego de Ocaña,²³ cuando se dijo que Cortés “quemó las naves”, se usaba una figura retórica originada en el mundo clásico pero aplicada también a Tariq cuando de África pasó a conquistar España. Descubrimos imprecisiones e inexactitudes: Cervantes de Salazar explica que llama mezquitas a los templos mayas por la semejanza con “las casas de Meca que los moros tenían”, en típico enredo.

Una confusa mezcla de tradiciones orales y noticias librescas estaba siendo reciclada entre ciertos conquistadores que ansiaban crear una sociedad señorial en el Nuevo Mundo, en oposición a los afanes centralizados de la Corona. Quizás sea pertinente notar que los héroes más invocados, Pelayo, el Cid, Bernardo del Carpio, mostraran una actitud entre rebelde y leal, que refleja la de los conquistadores mismos, pero no podemos asegurar que los invocadores fueran conscientes de este rasgo de carácter, que aparece desde la primera épica castellana.

²⁰ Antonio Garrido Aranda, *Moriscos e indios: precedentes hispánicos de la evangelización de México*, México, UNAM, 1980.

²¹ Taboada, *La sombra del Islam*.

²² Proviene de su compendio *Los conquistadores*, México, Siglo XXI, 1970, p. 143.

²³ Lo notó el arabista Serafín Fanjul, “Fray Diego de Ocaña: el largo brazo de Guadalupe en Indias”, *Cuadernos Americanos*, n. 91 (2002), pp. 105-119; hay un relato parecido en torno a la Virgen de Luján en Argentina.

Ante tal situación, el discurso elaborado debió resultar tan efímero como las pretensiones de los conquistadores: Cortés parece al final cansarse de hablar de mezquitas y quienes le siguieron ya utilizaron preferentemente la palabra “templo”, dejando también de referirse a jeques y alfaquies; la toponimia reconquistadora no perduró y los nombres de castas vieron borrarse las connotaciones islámicas de los comienzos: en un conocido documento (1696) los funcionarios imperiales se asombraban de la presencia de “moriscos” en Indias, a lo cual se les contestó que tal era el nombre de un grupo humano que nada tenía que ver con los descendientes de Ismael, aunque los celosos funcionarios prohibieron, sin éxito, el uso del término “morisco” en Indias;²⁴ cuando el siglo XVIII popularizó los cuadros de castas, nada en ellos nos permite recordar al islam. Los romances fronterizos se fueron perdiendo, o cambiaron significativamente de tema y protagonistas, y hasta los nombres de Pelayo y el Cid cayeron en un relativo olvido, reducidos a meras sombras, como observó Humboldt a comienzos del siglo XIX.²⁵

Los usos del relato

Pero antes de ocultarse, los nombres prestigiosos ya habían ganado curso y fueron incorporados en discursos con distinta intención. Vemos que los antiguos héroes mexicas también reciben una heroización española; Tlaacélel, como el Cid, venció batallas después de muerto, afirma Dorantes de Carranza, y Gonzalo Fernández de Oviedo no encuentra mejor prueba del valor de los guerreros amerindios que decir de ellos “que tal es un Héctor, o un Bernardo del Carpio, o un Cid Ruy Díaz”.²⁶ Puede tratarse de simple recurso retórico, pero debemos recordar que *La Araucana* de Ercilla presenta a los indios con un velo de heroísmo ausente entre los españoles: América aparece así como refugio de los valores caballerescos que la modernidad estaba haciendo desaparecer del Viejo Mundo.²⁷

²⁴ Richard Konezke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica*, Madrid, CSIC, 1958, vol. 3, pp. 61 y ss., 81 y ss.

²⁵ Alexander von Humboldt, *Personal narrative of travels to the equinoccial regions of the New Continent during the years 1799-1804*, Philadelphia, M. Carey, 1815, p. 429.

²⁶ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (1548 ca.), ed. y est. preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959, libro XXV, cap.19 (III: 53); cf. libro XXV, cap.22 (III:60).

²⁷ Michael Rössner, “¿América como refugio de los ideales caballerescos?: apuntes sobre la *Numancia* de Cervantes, la *Araucana* de Ercilla y algunos textos americanos en torno a

Abrevando en las mismas fuentes, Bartolomé de Las Casas halló un recurso eficaz en su repetida asimilación entre los conquistadores y los moros.²⁸ Se ha notado que el nombre de “lobos” (de reminiscencia evangélica) que aplica a los primeros (mientras los indios son “tiernas ovejas”) se encuentra en las crónicas medievales²⁹ referido a los moros que atacaban poblaciones cristianas; el nombre de “destrucción”, aplicado a la “destrucción de España” por obra de Muza y Tariq y que fue objeto de muchos comentarios en la época, es el que aparece en el título de su famoso tratado y en numerosas páginas de otros autores. También sostuvo muchas veces Las Casas que las guerras contra los indios son peores que las que hacen turcos y moros contra el pueblo cristiano, que la conversión por la fuerza es típica de los sarracenos y no debe serla de los cristianos.³⁰ Con todo ello, Las Casas terminó comparando cada vez más a los conquistadores con los musulimes.

El motivo siguió siendo socorrido por los seguidores de Las Casas,³¹ pero con el tiempo los religiosos, lascasistas o no, terminaron también por abandonar la referencia retórica al islam: llegaron a percibir a los indios más bien como víctimas del diablo que como sus agentes, y de posible conversión, por lo que faltó en el enfrentamiento el *odium theologicum* del Viejo Mundo. Del mismo modo que en el imaginario, en el terreno de la legislación relativa a los indios hubo una continuidad inicial, pero la misma ocultó cambios radicales de contenido, o bien la implantación de meras formas fantasmales en las Indias.

Fueron los amerindios los que de ella se apropiaron, y más duraderamente iban conservando sus temas. Al asumir la identidad de cristianos, la utilizaron en ocasiones para alterar a sus enemigos: así, los tarascos en su combate contra los chichimecas los representaron como bárbaros atrincherados en

1600”, en: Jules Wickler, ed., *Actas del XII Congreso Internacional de Hispanistas, III Estudios áureos II*, University of Birmingham, 1998, pp. 194-203.

²⁸ Las expresiones sobre los musulimes abundan en los escritos de Las Casas, y reúne muchos de ellos cómodamente Juha Pekka Helminen, “Las Casas, los judíos, los moros y los negros”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 512 (febrero 1993), pp. 23-28.

²⁹ André Saint-Lu, “Des brebis et des loups (à propos d’une image lascasienne)” (1975), en: *Las Casas indigéniste: études sur la vie et l’oeuvre du défenseur des Indiens*, Paris: L’Harmattan, 1982, pp. 35-44, n. 22.

³⁰ Jean-Pierre Tardieu, “Las Casas et le ‘chemin de Mahomet’”, *Bulletin Hispanique*, n. 2 (dic. 2003), pp. 303-319.

³¹ Véanse ejemplos en: Silvio A. Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, 3. ed., México, Porrúa, 1988, p. 278 n. y p. 405.

castillos donde habían aprisionado la Santa Cruz.³² Y el recurso fue acudido incluso en sus confrontaciones con ladinos y criollos. Muñoz Camargo nos dice en su Historia de Tlaxcala que ciertos hidalgos indios tan plenamente habían asumido los prejuicios hispanos que llamaban al español que los maltrataba “villano, moro o judío, o vizcaíno”; con poca coherencia, los holandeses que subían por el Estrecho de Magallanes fueron denominados por los araucanos “huincas moros”.³³ Una de las varias explicaciones que se han dado de la extraña identificación entre Hernán Cortés y el rey sarraceno en la obra teatral *La conquista de Jerusalén* es que los indios, o los religiosos que para ellos escribieron la pieza, buscaron así rebajar la figura principal entre los conquistadores. Siglos después, una obra teatral indígena sobre San Pablo nos lo muestra como un moro antes de su camino de Damasco.³⁴ Quizás porque era el moro era el infiel por excelencia, pero no podemos dejar de pensar en la insistente versión peninsular de que España fue evangelizada precisamente por san Pablo. De forma mucho más sistemática, Guamán Poma de Ayala recurre a comparaciones con moros y judíos. En los juegos de Moros y Cristianos de los zinantecas, los cristianos son los indígenas, frente a los moros-ladinos. Santiago Matamoros terminó auxiliando a grupos indígenas contra los españoles realistas de la guerra de independencia.

El omnipresente Moro de la época de la conquista fue desvaneciéndose en América del mismo modo que lo hizo en España, y adquiriendo formas cada vez más fantasmales. No sólo porque fue desapareciendo su presencia física, sino también porque sus usos ideológicos se fueron borrando. Es notable que reaparezca a fines de la Colonia, transformado ya en el Oriental, no por una mayor presencia real sino por su nueva dimensión en los libros transpirenaicos, y sobre todo por necesidades ideológicas.³⁵

³² Manuel Gutiérrez Estévez, “Mayas, españoles, moros y judíos en baile de máscaras: morfología y retórica de la alteridad”, en: Gary H. Gosen *et al.*, *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, 3. *La formación del otro*, México, Siglo XXI, 1993, pp. 323-376.

³³ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala* (1590 ca), edición de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16, 1986, Libro 1, cap. 12, p. 134; “huincas” era el nombre dado a los cristianos, véase Diego de Rosales *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano*, 2. ed., íntegramente revisada por Mario Góngora, Santiago, Andrés Bello, 1989, tomo 2, libro octavo, cap. 15, p. 1168.

³⁴ Fray Toribio de Benavente o Motolinía, *Memoriales o libros de las cosas de la Nueva España, y de los naturales de ella*, ed. de Edmundo O’Gorman, México, UNAM, 1971, cap. 35, p. 106; Miriam Echeverría e Inés Maldonado de Van Oss, “Historia de la conversión de San Pablo”, *Mesoamérica*, cuad. 6 (1983), pp. 434-499.

³⁵ Sobre el tema véase Hernán G. H. Taboada, “La sombra del Oriente en la independencia de América”, en la revista electrónica *Palimpsest* (Hungría) http://magyar-irodalom.elte.hu/palimpsest/23_szam/index.html.